



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Personajes singulares para un cuerpo singular: los primeros oficiales de la Guardia Civil

Discurso pronunciado por D. Eduardo Martínez Viqueira, con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, el día 23 de abril de 2025.

Introducción

Paseando por las calles del gran casco medieval de la ciudad italiana de Bolonia, de entre los muchos palacios e iglesias que salen al encuentro del viajero, aparece ante su vista el recinto de un gran acuartelamiento, actual sede del *Comando Militare* del Ejército para la región de *Emilia Romagna*. Según reza una placa adosada a sus viejos muros, aquellas centenarias instalaciones, que en origen fueron un antiguo monasterio del siglo XV, habían albergado unidades del ejército napoleónico durante su campaña europea entre 1812 y 1816; y en 1866 había recuperado su uso militar, dando a aquel acuartelamiento el nombre del general «*Enrico Cialdini*», natural de la cercana población de *Castelvetro di Modena*. Aquellas instalaciones militares habían recibido el nombre de *Enrico Cialdini*, en homenaje al carismático teniente general piemontés, duque de Gaeta y gran artífice de la unificación italiana, que había participado al frente de las tropas en todas las guerras de independencia de la nación desde 1848.

Hasta lo aquí narrado, todo parece normal. No obstante, si nos dijeran que aquel prestigioso general italiano, héroe de la unificación italiana, había sido antes capitán

de la Guardia Civil, elegido por el duque de Ahumada y nombrado como Jefe de la fuerza del Cuerpo en la provincia de Valencia en el despliegue del momento fundacional, tras la inicial sorpresa, probablemente se despierte en el lector una natural curiosidad por el personaje. Y más aún, curiosidad por acercarse al colectivo de aquellos primeros oficiales de la Guardia Civil, por si nos depara alguna otra sorpresa, como la de este personaje tan singular.



Placa junto al acceso principal al Acuartelamiento «Enrico Cialdini» del Ejército italiano en Bolonia (Italia).

Y cierto es que hubo muchos otros personajes singulares entre aquellos primeros *Purgoldt* oficiales de la Guardia Civil. Lo que correspondía a un naciente Cuerpo, tan singular.

A través de estas líneas, nos adentraremos a analizar el perfil, las singularidades y los personajes clave que destacaron en aquel elenco de oficiales que, procedentes del Ejército, se incorporaron a la Guardia Civil en sus primeros años, la etapa fundacional.

Selección de los primeros jefes y oficiales

El panorama del Ejército español en el momento fundacional de la Guardia Civil en 1844 era claramente desalentador, en medio de una encrucijada política incierta en el comienzo del reinado personal de Isabel II, las necesarias reformas aún pendientes en la estructura y organización militar, y con una importante inflación de cuadros de mando en los escalafones, tras una larga guerra civil -la primera Carlista-, que aún dejaba ver sus secuelas. En aquel escenario, las expectativas de una carrera militar estable y satisfactoria eran muy poco halagüeñas para aquel numeroso colectivo de jefes y oficiales.

Además, pesaba muy considerablemente el hecho de que unos mil doscientos jefes y oficiales de Infantería habían sido separados del servicio por Narváez con el fin de sanear el Ejército, a causa de su significación política contraria al Gobierno liberal moderado y que no habían abandonado España. En aquel numeroso grupo había, tanto fervientes progresistas, como aquellos carlistas que, finalizado el conflicto, no se habían acogido al Convenio de Vergara. También se incluían los que habían incurrido en falta de moralidad y otras conductas contrarias a la disciplina.

Las condiciones para poder optar a una plaza como jefe u oficial en la Guardia Civil se recogían en el artículo 21 del Real Decreto de 13 de mayo de 1844, que venía a completar la organización de la Guardia Civil iniciada con el Real Decreto de 28 de marzo. Por el decreto de mayo, el nuevo cuerpo pasaba a depender del Ministerio de la Guerra en todo lo referente a su régimen estatutario y, por tanto, en cuanto al reclutamiento de su personal. En aquel artículo 21 se establecían los rangos de edad para acceder en cada empleo, la estatura mínima, carecer de notas desfavorables en sus documentaciones personales y haber desempeñado unos tiempos mínimos de servicio y de mando en unidades, según el empleo militar con que se optara al ingreso. Además, aquellos jefes y oficiales debían encontrarse en situación de activo y pasar revista de presente en los regimientos o en los depósitos de reemplazo.

La exigencia de haber cumplido un tiempo de mando era relevante en aquel momento por la situación de exceso de jefes y oficiales que atravesaba el Ejército, por lo que sólo se otorgaba el mando de unidades a los más capacitados.

El mariscal de campo Francisco Javier Girón, duque de Ahumada, a quien se había encargado la organización de la Guardia Civil y nombrado como su primer Inspector General, era consciente de que el mayor atractivo que podía ofrecer a aquellos jefes y oficiales que se interesaban por el nuevo cuerpo radicaba en los buenos sueldos que ya anunciaba el decreto de 13 de mayo. Pero también sabía que aquel

importante foco de atracción no era suficiente para incorporar a los mejores, pues se requerirían cualidades morales y profesionales superiores.

Por ello, como primera medida, el duque de Ahumada optó por rodearse de jefes y oficiales de su entera confianza de entre aquellos que ya conocía por la coincidencia en destinos y campañas a lo largo de su trayectoria profesional; y muy especialmente, durante la pasada guerra civil contra los carlistas.



Francisco Javier Girón y Ezpeleta, duque de Ahumada, organizador y primer Inspector General de la Guardia Civil. Oleo de F. Madrazo.

Pero el mariscal Girón sabía también que el nuevo Cuerpo iba a tener una organización y despliegue muy diferentes a los del Ejército y, por tanto, que no iba a actuar en unidades reunidas, con la estructura de cuadros de mando al completo. Las nuevas unidades habían de ser necesariamente pequeñas para poder desplegar su presencia de forma efectiva en todas las provincias y llegar a todos los núcleos de población. Y esto obligaba a que estas pequeñas unidades, ubicadas en las genuinas casas-cuarteles, tuvieran un alto grado de autonomía. Debían estar a cargo de mandos directos, sargentos y cabos, en quienes poder depositar la confianza necesaria, acorde con su importante nivel de responsabilidad e iniciativa.

Y Ahumada sabía que aquel despliegue y la forma de llevar a cabo su función policial convertían en elemento crítico y esencial, no sólo a los jefes superiores de los tercios, sino a los oficiales –capitanes y subalternos- que debían actuar a modo de nodos en aquel despliegue, siendo directores y controladores del servicio de sus unidades, y auténticos líderes y elementos dinamizadores permanentes para sus hombres. Consciente de ello, Ahumada urgía la diligente tramitación de las solicitudes para que *«recaiga la elección en los que reúnan más brillantes circunstancias»*.

La selección de jefes y oficiales se llevó a cabo de forma rigurosa y exigente, con intervención personal del mariscal Girón que, en contra de la mentalidad de la época, según informaba Ahumada al Ministerio de la Guerra, *«las hojas de servicio y notas de concepto son examinadas con la mayor escrupulosidad, no perdonando medio alguno para asegurar la mejor elección en la propuesta»*. Sin duda, el organizador de la Guardia Civil buscaba algo más, adelantándose claramente a su tiempo. Solo hablaba a aquellos aspirantes de deberes, de obligaciones, de sacrificios, de entrega total al servicio, que no eran en aquel tiempo virtudes fáciles de encontrar en la milicia.

Además -y este es, tal vez, el aspecto más novedoso-, Girón prescindía por completo de los antecedentes políticos de aquellos militares, como luego veremos a través de algunos ejemplos. En un momento en que tanto contaba la filiación de partido, aquella actitud suponía, sin duda, un desafío a los prejuicios imperantes. Con el propósito de resaltar aquel aspecto, los oficiales Quevedo y Sidro (1858) aseguran que entre ellos los había acérrimos entusiastas de doctrinas opuestas al Gobierno de entonces, lo que no suponía un obstáculo para su ingreso en la Guardia Civil. *«Si eran valientes, pundonorosos, de probada honradez y conducta ejemplar, no necesitaban otra recomendación que su hoja de servicios»*.

Evidentemente, pesaba de modo significativo la trayectoria profesional de los oficiales que aspiraban a integrar las filas de la Guardia Civil; y en aquel momento, existía un referente muy claro y cercano para evaluar aspectos como el valor personal, las dotes de mando, y todo el elenco de virtudes militares que cabría apreciar en aquellos hombres, cuál era la guerra Carlista, que tendrá una influencia muy notable en la elección de los primeros cuadros de mando, como veremos más tarde.

Las necesidades de cobertura para nutrir los tercios de la Guardia Civil recién creados, era de 13 jefes y 217 oficiales, que habrían de salir de entre los que tuvieran un destino en las unidades de Infantería, Caballería y Milicias Provinciales, o se encontraran de reemplazo en los depósitos del Ejército; y que, además, reunieran las restantes condiciones exigidas.

Fueron muchos quienes solicitaron el ingreso con carácter voluntario, pues se había descartado, por razones obvias, la incorporación forzosa de jefes y oficiales a la Guardia Civil. Quienes se encontraban entonces mandando unidad, se sentirían atraídos por el nuevo proyecto que suponía la creación de un cuerpo de seguridad y creyeron en sus promotores. Los que no ostentaban mando o se encontraban de reemplazo vieron, además, la oportunidad de un destino novedoso y bien retribuido.

De entre los primeros empleos de oficial, Ahumada solicitó rebajar a 25 años la edad mínima de acceso para los subtenientes y a 28, para los tenientes, pues pretendía facilitar el ingreso de los cadetes que finalizaban sus estudios en los colegios militares, con preferencia sobre los procedentes de la clase de sargentos primeros. Es evidente que el organizador de la Guardia Civil quería oficiales jóvenes, tal vez con mayores ideales y con mejor formación militar, aunque fueran menos experimentados. Con ello buscará mejores líderes para los nuevos guardias civiles, pero también asegurar una continuidad en el Cuerpo para que aquellos jóvenes oficiales, llamados a ascender hasta los empleos superiores en la carrera militar, pudieran permanecer en la Guardia Civil durante muchos años, si ese era su deseo.

Otro tanto sucedía respecto a los segundos comandantes que ingresaron en la Guardia Civil. La mitad de ellos estaban recién ascendidos por el decreto de 21 de agosto de 1843, como recompensa por haber participado activamente en el levantamiento que había derribado a Espartero semanas atrás. Eso les convertía, también, en oficiales especialmente jóvenes, que hasta hacía poco tiempo mandaban, como capitanes, las compañías de sus batallones. Y ahora iban a ser, en breve plazo, los máximos responsables de la fuerza de la Guardia Civil en una provincia como primeros capitanes, un empleo clave para la Institución en aquellos momentos iniciales.

En todo caso, fue importante el número de los oficiales procedentes de sargento primero que ingresaron en la Guardia Civil con el primer contingente, entre los que se encontraban los de más acreditada hoja de servicios en el Ejército. En los primeros empleos -subteniente y alférez- y en el de comandante -primeros capitanes en la Guardia Civil- suponían en torno a una tercera parte, mientras que las otras dos partes correspondían a los oficiales que habían ingresado en el Ejército procedentes de los colegios militares y otras formas de acceso directo a oficial. Respecto a los capitanes y tenientes, cuyo colectivo era más numeroso, esos porcentajes se equilibraban hasta igualarse en ambas procedencias.

Con las solicitudes de los oficiales interesados, era preceptivo unir copia de las hojas de servicios y de las notas de concepto estampadas por sus jefes, con independencia de las entrevistas personales a que debían ser sometidos. Para cada una de las plazas ofertadas, se elevaba una terna de candidatos al Ministerio de la Guerra, y la propuesta priorizada era suscrita por el duque de Ahumada.

Una vez que resultaban admitidos, los jefes y oficiales de nuevo ingreso eran recibidos en la Dirección de Organización –o en la Inspección General, una vez constituida ésta a partir del 1 de septiembre de 1844-, donde se les impartían las primeras instrucciones, recibían una formación intensiva y se les dotaba del

equipamiento necesario. A partir de entonces, eran comisionados a los depósitos de instrucción de Infantería o Caballería, según su Arma de procedencia, establecidos, respectivamente, en Leganés y Vicálvaro, o bien directamente a los distritos militares en los que se ubicaría el tercio a que iban destinados, con la finalidad de preparar el aposentamiento en cada una de sus provincias, y hacer la selección previa de aquellos licenciados que se presentaran voluntarios para ingresar en la Guardia Civil.

Por tanto, aquellos oficiales que eran admitidos al nuevo cuerpo de seguridad, tenían ante sí una tarea enormemente compleja. Debían interiorizar aquellas enseñanzas recibidas en tan breve tiempo, asumiendo aspectos tan novedosos para la mentalidad común de la época y, sobre todo, con tan alto grado de exigencia para poner en marcha con solvencia el nuevo Instituto, desde el primer momento.

Pero, además, tenían que inculcar a sus guardias este mismo espíritu de cuerpo, y los valores definitorios de la mejor formación militar, que debían caracterizar al nuevo Instituto. Tenían que vivir todo aquello, y hacerlo sentir y vivir a los que eran ya sus subordinados, de heterogénea procedencia, y muchos de ellos analfabetos. Pronto, aquellos hombres se encontrarían con todo tipo de situaciones complejas e inesperadas en su servicio peculiar, y tendrían que enfrentarse a campo abierto con peligrosas bandas de malhechores. Y sus oficiales, como mandos superiores en sus respectivas casas-cuartel, debían dirigirles, orientarles y recordarles siempre que eran guardias civiles y, como tales, debían comportarse y actuar en todo momento. Aquellos jefes y oficiales, en fin, tenían que convertirse en poco tiempo en ejemplo vivo para unos hombres que estaban llamados a hacer historia.

Los primeros jefes: rasgos y personajes singulares

Los primeros jefes de la Guardia Civil, considerando los empleos de teniente coronel, coronel y brigadier, estaban llamados a ejercer el mando de los doce tercios constituidos en 1844. Para ello, ingresaban en el Cuerpo, aunque en un escalafón específico para ellos, sin diferenciar infantería o caballería. En cambio, quienes pasaron a desempeñar sus funciones en la Secretaría de la Inspección General de la Guardia Civil, en todos los empleos de oficial, no causaban baja en sus armas de procedencia, sino que pasaban a la Guardia Civil en comisión de servicio. La razón para ello estribaba en permitir que la Secretaría fuera ocupada por jefes y oficiales de Estado Mayor, tanto si continuaban perteneciendo a este Cuerpo, como si pasaban a integrar los escalafones de las Armas de Infantería y Caballería. Este criterio se mantuvo hasta 1869, en que gradualmente se fue integrando personal de la Guardia Civil, hasta completar el proceso en 1875.

En cuanto a su perfil profesional, Ahumada también tenía claras sus prioridades. Para el mando de los tercios prefería coroneles y tenientes coroneles de acreditada trayectoria militar, sobre todo, en la reciente guerra Carlista. Para ello, valoraba los combates en que habían participado, si habían resultado heridos en los mismos y las recompensas que se les habían concedido. Este criterio también lo mantuvo el fundador para la selección, sobre todo, de los primeros y segundos comandantes para las provincias, acerca de los cuales procuraba tomar, además, suficientes referencias. Podemos asegurar que, dentro de los márgenes que establecía el Real Decreto de 13 de mayo, Ahumada mostraba preferencia por los oficiales más jóvenes en cada uno de los empleos, como garantía de continuidad y, en los empleos superiores, porque eran reflejo de una carrera brillante.

Para la Secretaría de la Dirección de Organización y, más tarde, la Inspección General del Cuerpo, el fundador hacía patentes sus grandes dotes organizadoras. Buscaba oficiales de Estado Mayor que hubieran ejercido como jefes de estos órganos de apoyo al mando en grandes unidades, y sobre los que él mismo hubiera comprobado personalmente su desempeño durante la guerra.

Otro elemento común a la mayor parte de aquellos jefes era lo que, en la primera mitad del siglo XIX se denominaba su «*calidad*»; esto es, la hidalguía o no en el origen familiar de aquellos militares. Era este un aspecto relevante, pues a la tradición militar en sus familias de origen y las expectativas profesionales que en ellos se depositaba, se unía la corta edad de ingreso en el Ejército, que forjaba muy tempranas vocaciones, dilataba las carreras militares y representaba, por ello, una ventaja organizativa. De este modo, de los primeros trece jefes de tercio, al menos, diez eran de condición –*calidad*– noble. De ellos, Luís María Serrano ingresó en el servicio como guardia de corps; Carlos Purgoldt, de cadete en las Guardias Walonas; Antonio María de Alós, de cadete en las Guardias Españolas; Francisco Palmés y José de Castro como *soldados distinguidos* y los demás, en diferentes unidades. Los que ingresaron como cadetes lo fueron en su mayoría como *de menor edad* por gracia especial –menores de 12 años–, destacando Antonio María de Alós, que ingresó con tan sólo seis meses de edad.

Si ampliamos el estudio a los primeros Secretarios de la Inspección General y quienes pasaron a mandar tercio tras los primeros años, vemos que se repite en ellos la misma condición nobiliaria: Carlos María de la Torre ingresó como cadete con apenas dos meses de edad y Fernando Boville, cuando tenía dos años.

Obviamente, aquellos niños no vestían el uniforme hasta que cumplían los doce años; pero aquel temprano inicio de la carrera de las armas, más tarde jalonadas por acciones de guerra, propiciaban las acciones meritorias y que se alcanzaran con cierta frecuencia los empleos de comandante o superiores en plena juventud.



Antonio María de Alós. Jefe del 10º Tercio de Pamplona y posteriormente del 1º Tercio de Madrid de la Guardia Civil entre 1854 y 1856. Fuente: Chamorro Baquerizo, P. (1850). Estado Mayor General del Ejército Español: historia del ilustre Cuerpo de Oficia

Y este es el perfil que se encontró Ahumada, cuatro años después de haber finalizado una larga guerra que había durado otros siete.

Otro elemento determinante a tener en cuenta en aquel primer grupo de jefes era el factor político. Es evidente que la Guardia Civil nació de la mano del partido liberal moderado y al comienzo de una etapa política fuertemente marcada por este sesgo ideológico. Ello condicionará, inevitablemente, la selección de los primeros jefes y señalará un patrón bastante uniforme sobre su pasado militar y las repercusiones políticas en determinados periodos. No conviene olvidar que todos los avatares sufridos por causas políticas y los levantamientos en que participaban los militares de la época, servían como aval para ocupar cargos y destinos, o se alzaban como dedos acusatorios, según el tinte político del Gobierno en cada momento.

De este modo, podemos afirmar que la mayor parte de aquellos primeros jefes

de tercio de la Guardia Civil, acababan de atravesar un azaroso periodo durante la Regencia de Espartero, de signo político bien distinto, entre 1840 y 1843. Este era el motivo por el que buena parte de aquellos jefes estaban aún sin destino, cuando tuvieron la oportunidad de incorporarse a la Guardia Civil. A lo largo del trienio de la Regencia, sólo unos pocos de aquellos primeros jefes habían ocupado un destino con cierta normalidad. Respecto a los restantes, tres de ellos se exiliaron a Francia desde el primer momento y el resto, o fueron cesados o solicitaron cuartel; esto es, permanecer sin destino, cuando había transcurrido el primer año del periodo.

De los que permanecieron en España a partir del fallido levantamiento moderado del 7 de octubre de 1841, de trágicas consecuencias para alguno de los sublevados, cuatro de ellos se sublevaron al frente de sus unidades, por lo que tres fueron condenados a penas de prisión y el cuarto, Luís María Serrano, fue condenado a muerte y huyó a Francia. Por último, Tomás de Soto cruzó la frontera

de Portugal con su unidad; y Alós fue declarado excedente en la Guardia Real la víspera del pronunciamiento, y apartado hasta el final del trienio esparterista.



Carlos María de la Torre Navacerrada. Primer Secretario General de la Inspección General de la Guardia Civil entre 1844 y 1850. En la imagen, como jefe de los tercios vascos en la guerra de África (1859-1860). Fuente: Museo de Zumalacárregui.

No obstante, en aquel singular primer equipo de jefes también encontramos sorpresas en cuanto al perfil político. Sin duda, el caso más llamativo fue el del coronel Carlos María de la Torre Navacerrada, nada menos que el primer Secretario de la Dirección de Organización y, a continuación, de la Inspección General de la Guardia Civil hasta 1850 y hombre de absoluta confianza de Ahumada. Una vez que cesó en el cargo en la Guardia Civil, De la Torre se presentó como diputado a Cortes en varias ocasiones por el partido progresista, conspiró contra la Monarquía desde el extranjero, fue tenazmente perseguido por su actitud revolucionaria y condenado a muerte con el último Gobierno de Narváez. Carlos María de la Torre y sus relaciones con el fundador del Cuerpo -aspecto sobre el que volveremos más adelante- son claramente representativos de la diferenciación que Ahumada pretendió siempre establecer entre el plano profesional y el político.

En el polo opuesto al coronel De la Torre tenemos al brigadier José Gabarre y Zayas, Jefe del 7º Tercio de Granada hasta 1852, destacado mando carlista acogido al Convenio de Vergara, que combatió entre 1837 y 1839 en el bando contrario a los que ahora eran sus compañeros de armas en la Guardia Civil.

También hubo algún otro jefe que simpatizó con los seguidores del Pretendiente Don Carlos, si nos atenemos a sus antecedentes en el periodo de aquellos siete años que duró la primera guerra Carlista. El teniente coronel de Caballería León Palacios y Ortega, otro de los entusiastas seguidores de Ahumada, que se incorporó de los primeros a la Guardia Civil para hacerse cargo del Depósito de instrucción de Vicálvaro en el mismo mes de mayo de 1844, también había sido acusado de carlista. En 1834, cuando era teniente en el Regimiento de Caballería Extremadura, nº 3, se le acusó de haberse fugado con setenta caballos de la unidad en apoyo de la partida del *cura Merino*, motivo por el que fue separado del servicio.

Pero no debió haber pruebas concluyentes sobre esta actuación, ya que después de acudir a la Reina, ésta intervino para reponerlo en su regimiento en diciembre de ese mismo año.

Algún otro de aquellos jefes con más inquietudes políticas como Pedro Alejandro de la Bárcena, liberal sin orientación muy definida, llegó a ser diputado en las Cortes Constituyentes de 1837, cesado por causas políticas al poco de comenzar el *Trienio* de Espartero en 1840, y había sido previamente *purificado* por su sospechosa actitud al comienzo del *Trienio Liberal* en 1820.



Pedro Alejandro de la Bárcena. Jefe del 8º Tercio de Valladolid de la Guardia Civil entre 1844 y 1856. Fuente: Chamorro Baquerizo, P. (1850). Estado Mayor General del Ejército Español: historia del ilustre Cuerpo de Oficiales Generales

Aún tenemos a otro personaje cuyas peripecias merecen ser comentadas. Un hombre carismático y de gran valía, como era el barón de Purgoldt de Löwenhardt, también de absoluta confianza del duque de Ahumada, que formó parte de su equipo desde el primer momento, y a quien le confió el mando del 1º Tercio de Madrid. Carlos Purgoldt había solicitado la licencia del Ejército en 1816 para trasladarse con su familia a Francia, de donde era originaria, y se alistó en el Ejército francés. Más tarde, participó en el bloqueo y ocupación de San Sebastián en 1823, al igual que muchos otros voluntarios españoles, encuadrado en el Regimiento del Príncipe Luís de Hohenlohe, en la expedición de los *Cien Mil Hijos de San Luís*. Esta circunstancia de su vida militar nunca figurará en su hoja de servicios, que se limita a certificar que permaneció durante catorce años «al servicio de S. M. Cristianísima» de Francia. Pero lo cierto es que este pasado absolutista en modo alguno condicionó el desempeño profesional de Purgoldt.

Antes al contrario, merecerá la confianza necesaria para que el general Infante Chaves, que había relevado a Ahumada, le sitúe en 1854 durante el *Bienio Progresista* -otra vez de la mano de Espartero- al frente de un tercio de la Guardia Civil tan delicado como el del distrito de Cataluña. Su antecesor, el brigadier Luís María Serrano, sería enviado a Cuba.

Ya hemos apuntado que la participación en la primera guerra carlista fue elemento clave para la selección de los jefes y de los oficiales más veteranos para integrar las filas de la Guardia Civil. Es un hecho que todos ellos se encontraban en servicio activo durante aquel conflicto, ostentando los empleos entre capitán y teniente coronel. Sabemos que todos los jefes de tercio de la Guardia Civil combatieron en la primera guerra Carlista, con la única excepción del coronel José Hidalgo de Cisneros y Gaztambide, insigne marino que alcanzó el empleo de capitán de fragata y luego, el de coronel de Milicias Provinciales y de Infantería, de donde pasó a la Guardia Civil en 1844. Y también sabemos que el brigadier Gabarre participó en aquella guerra, aunque en el bando carlista. Además, aun con distinto grado de participación, casi todos ellos fueron merecedores de recompensas en las campañas en que actuaron.

Hasta aquí, todo parece bastante evidente, teniendo en cuenta el año de creación de la Guardia Civil. Lo que ya no resulta tan obvio, y se nos antoja digno de reflexión, es el hecho de que, entre los primeros trece jefes de tercio y los tres primeros secretarios de la Inspección General de la Guardia Civil, la mitad de ellos coincidieran combatiendo en la batalla de Arlabán, en enero y mayo de 1836 y, al menos, otros seis en la de Mendigorria en julio de 1835, en la que varios resultaron heridos o fueron recompensados por su actuación. En el caso de los tres secretarios que coincidieron con Ahumada en la Inspección General, los tres combatieron en Mendigorria; y De la Torre y Olmedo, además, resultaron heridos en aquella acción. También hay otros frentes donde coincidieron buena parte de aquellos jefes, como el sitio de Bilbao o el que dio lugar a la rendición de Morella.

Tampoco parece casualidad que varios coincidieran con Narváez y Ahumada en el Ejército de Reserva de Andalucía en 1838, o en el Ejército del Centro en 1839 y 1840.

La primera razón por la que se dan estas coincidencias, a nuestro entender, es porque la mayor parte de aquellos oficiales participaron en las campañas más importantes de la guerra al frente de sus unidades –secciones, compañías o batallones-, que principalmente eran de Granaderos, Cazadores de la Guardia, unidades de la Guardia Real de Infantería o de la Guardia Real Provincial. En todo caso, se trataba de unidades que, por su especial preparación y por estar mejor dotadas en medios humanos y materiales, actuaban en primera línea. Lo que hoy denominaríamos *unidades de élite*. Ello explica también el importante número de estos oficiales que resultaron heridos en combate y que fueron recompensados por su actuación en ellos, bien con condecoraciones o concediendo ascensos en empleos y grados.

Pero, además, no solo existe una patente coincidencia en los escenarios bélicos de aquellos oficiales entre sí, sino también, en haber permanecido a las órdenes de quienes años más tarde recordarán el comportamiento de aquellos valientes oficiales: Ramón María Narváez y Francisco Javier Girón, más tarde duque de Ahumada.

Ahumada no estuvo presente en el frente norte durante la guerra, pero Narváez sí. Sabemos que el general de Loja tuvo una destacada actuación al frente del batallón del Infante en la batalla de Mendigorría, que le valió el ascenso a teniente coronel. Entre los participantes en aquella batalla se encontraban algunos de los que más tarde serían los principales hombres de confianza del fundador de la Guardia Civil, como Antonio Alós, Luís María Serrano, Carlos de la Torre y Javier Olmedo.

Posteriormente, Narváez participó en enero de 1836 en la batalla de Arlabán al mando de una brigada, resultando herido y obteniendo el ascenso a brigadier. Allí pudo conocer a todos aquellos oficiales o, al menos, tener referencias sobre su actuación que, sin duda, fueron relevantes para su elección en 1844.

Cuando Narváez organizó el Ejército de Reserva de Andalucía, sabemos que solicitó la presencia de Ahumada. Pero sabemos que no fue el único, sino que



Guardias reales (1833). Coraceros y lanceros de la Guardia Real. La Guardia Civil se nutrió, sobre todo, de oficiales que habían pertenecido a la Guardia Real. Oleo de Augusto Ferrer-Dalmau.

también lo hizo con otros oficiales. Uno de ellos fue Carlos María de la Torre, que sería luego primer secretario de la Inspección General de la Guardia Civil, destinado en octubre de 1838 a las órdenes directas del general Narváez. Otro fue Luís María Serrano, que mandó un batallón de granaderos, encuadrado en aquella unidad. Este oficial, más tarde comprometido en el levantamiento de 1841, se exilió a Francia y en 1843 desembarcó en Valencia junto a Narváez, participando a las órdenes del general en la batalla de Torrejón de Ardoz. No nos cabe duda de que fue el propio Narváez quien le reclamó, cuando se encontraba ya a punto de zarpar



Granaderos de la Guardia Real (1837). En esta unidad de élite combatieron en la primera guerra Carlista algunos oficiales que años más tarde estuvieron entre los primeros jefes de la Guardia Civil. Oleo de Augusto Ferrer-Dalmau.

para Filipinas, a donde acababa de ser destinado, para embarcarse en una aventura mayor como era, en aquel momento, la Guardia Civil.

Entre los jefes que dejaron rastro en la mente organizadora de Ahumada tras su coincidencia en diferentes unidades, podemos destacar a Francisco Javier de Olmedo, subteniente en el Regimiento Provincial de Granada, que Girón comenzó a mandar en 1830, cuando ascendió a coronel. Más tarde, a Antonio María de Alós, a quien tuvo a sus órdenes en la Guardia Real en 1836, persiguiendo las partidas carlistas que amenazaban Madrid y los *reales sitios*. Ya durante la guerra, a Carlos María de la Torre y a Luís Serrano en el Ejército de Reserva, en las operaciones de Toledo y Ávila en 1838; y nuevamente a De la Torre y Olmedo en los estados mayores del Ejército del Centro en 1839. Y finalmente, a Carlos Purgoldt y a León Palacios, ambos con una destacada actuación en la toma del Castillo de Aliaga, en La Cenia y otras acciones en el frente del Maestrazgo en 1840, el primero combatiendo bravamente al frente de su batallón y el segundo, a las órdenes directas del general Leopoldo O'Donnell, «*donde su sable era reputado como el mejor cuando mandaba la escolta*».

Por último, también pudieron tener participación los jefes de las grandes unidades intervinientes en la guerra Carlista en la selección de los oficiales en ellas encuadrados, para integrar la Guardia Civil. Es el caso del general Fernando Fernández de Córdoba, amigo de Ahumada, o del propio general O'Donnell, como jefe del Ejército del Centro.

Los primeros oficiales y algunos casos singulares

En la selección de los primeros oficiales de empleos inferiores sabemos que también primó su participación en la guerra Carlista. Aunque este aspecto fue menos determinante por su edad y trayectoria, sabemos que la práctica totalidad de los primeros y segundos capitanes de la Guardia Civil habían tenido participación en el conflicto en los empleos de capitán o teniente. Ahumada conocía las vicisitudes de la actuación en la guerra de aquellos oficiales a través de sus hojas de servicios, donde se reflejaban, no solo los hechos de armas, sino, también, las recompensas obtenidas por su actuación en cada uno de ellos. Su análisis nos permite concluir que muchos de quienes integraron el primer grupo de oficiales de la Guardia Civil se significaron por tener una actuación muy destacada en aquel conflicto.

También hemos podido comprobar que, además del brigadier Gabarre, al que ya nos hemos referido, al menos dos oficiales habían combatido en la guerra del lado Carlista, para luego acogerse al Convenio de Vergara, recuperado sus empleos, honores y distinciones; y posteriormente, ingresar en la Guardia Civil. Se trata del

segundo comandante Vicente Azcárraga Rementería, que ingresó en el Cuerpo como primer capitán tras haber sido recomendado por el propio Narváez y nombrado jefe de provincia de Pamplona; y del teniente Juan Argente, que ingresó en el Cuerpo hacia 1847.

No cabe duda de que los primeros oficiales que pasaron a integrar los cuadros de mando de la Guardia Civil en el momento de su creación eran de una talla profesional muy relevante. Este relieve se manifestará desde el principio en un excelente desempeño al frente de sus unidades, ya sean compañías, escuadrones, secciones o líneas.

Entre los oficiales con estas grandes cualidades militares, destacamos al comandante Toribio Ansótegui Alzaá, que ascendió a oficial desde sargento en el Batallón Franco de Cazadores de Isabel II, y en esta unidad obtuvo hasta tres cruces de San Fernando en la primera guerra Carlista, en los empleos de teniente y capitán; y que una vez en la Guardia Civil, llegaría a brigadier. Otro caso similar es el del segundo comandante Antonio Aguado Revestido, que combatió en la guerra civil en la misma unidad, recibiendo una cruz de San Fernando, y que llegaría en el Cuerpo al empleo de coronel.

También si nos centramos en los primeros empleos encontramos algunos casos singulares entre estos jóvenes oficiales, como el subteniente Vidal Tejerina Pessi, que adquirirá fama años más tarde en su lucha contra el bandolerismo andaluz en la provincia de Málaga, y que había ingresado con tan sólo 13 años de edad en el Colegio de Jóvenes de la Brigada Real de Artillería. Cuando ingresó en la Guardia Civil, como uno de los más veteranos en edad, tenía 31 años. También es reseñable el caso de Bernardino Roca de Togores, que fue promovido a subteniente en enero de 1839 tras cursar sus estudios en el Colegio General Militar de Segovia y que, al ingresar en el Cuerpo junto a otros con la misma antigüedad, contaba tan sólo con 22 años. Un caso llamativo entre los subtenientes de aquella promoción que ingresaron en la Guardia Civil es el de Francisco Schlek Cordulé, subteniente del Ejército francés que había entrado en España en julio de 1835 para combatir a los carlistas con la Legión Auxiliar Francesa, y que se quedó más tarde en España, integrándose en el Ejército con aquella antigüedad. Como tantos otros, fue condecorado por su destacada actuación en diferentes acciones de guerra.

Además, entre aquellos brillantes primeros oficiales abundaron los deseosos de afrontar retos prometedores y de acariciar nuevas expectativas profesionales. Esto traerá como consecuencia que algunos de ellos destaquen por rasgos singulares, muy diferentes entre sí, pero que aportan el denominador común de constituir un grupo humano con una gran capacidad intelectual e inquietudes que abarcan diferentes aspectos y sensibilidades. Incluso, alguno, se desviará de la senda

marcada para tomar otros derroteros. Todos ellos, en principio, tenían cabida en la naciente Guardia Civil.



Enrico Cialdini, duque de Gaeta. Llegó a teniente general del Ejército italiano y adquirió gran notoriedad en las guerras de independencia de Italia a partir de 1848. Litografía de finales del siglo XIX.

Uno de estos oficiales singulares, al que nos hemos referido al comienzo, fue el segundo comandante Enrique Cialdini Santián. Ingresó en la Guardia Civil en el primer contingente en 1844 con el empleo de primer capitán, y como tal, se le destinó al 4º Tercio de Valencia, asignándosele el mando de la 1ª compañía y la jefatura de la provincia de Valencia. En este oficial, como tantos otros, se había fijado el duque de Ahumada durante la guerra Carlista, cuando combatía encuadrado en el Ejército del Centro. Pertenecía, además, al grupo de jóvenes segundos comandantes que habían obtenido este empleo en agosto de 1843, tras el levantamiento antiesparterista.

Cialdini permaneció en el Cuerpo hasta 1848, año en que solicitó y obtuvo autorización para trasladarse a

Italia por un año «con el objeto de arreglar intereses de familia», según rezaba el documento de la real licencia que le fue concedida. Pero aquella licencia tenía alguna particularidad que la diferenciaba de las demás. Por una parte, se ordenaba en aquel documento que, de no regresar en el plazo concedido, debía causar baja en el Ejército; lo cual, parecía adelantar acontecimientos. Por otra parte, también se estableció que no se le detrajera parte alguna de su sueldo, lo que era del todo inusual; sobre todo, teniendo en cuenta el motivo invocado para la licencia. Tras su concesión, este oficial pasó a situación de reemplazo y se cubrió su vacante.

Transcurrido el año de licencia, el primer capitán Cialdini no regresó, por lo que causó baja en la Guardia Civil y en el Ejército español el 21 de abril de 1849. La realidad fue que Enrico Cialdini era un noble de origen italiano, duque de Gaeta, que había regresado al Piamonte para combatir contra los austríacos en las guerras de unificación de Italia. Durante el conflicto, alcanzó el empleo de mariscal de campo y, más tarde, el de teniente general, combatiendo en todas las guerras de independencia italianas. Además, acompañó a Amadeo de Saboya a España

durante su reinado entre 1871 y 1873 como embajador de Italia. De la notable fama que había alcanzado en los primeros conflictos se hicieron eco Quevedo y Sidro (1858), que de él aseguraban: «*hoy es el famoso General piemontés que tan conocido ha hecho su nombre en la última guerra de Italia*».

Otro oficial singular que abandonó la Guardia Civil al poco tiempo de ingresar fue el segundo comandante Manuel Buceta del Villar, pero por una causa bien diferente. También ingresó en el Cuerpo con el primer contingente, habiendo llegado a oficial desde las clases de tropa. En el Cuerpo fue destinado al 5º Tercio de Galicia, en que se le asignó el mando de la 1ª compañía y la jefatura de la provincia de Pontevedra.

Pero en abril de 1846 estalló un levantamiento militar en Galicia con varias unidades implicadas que fue sofocado unas semanas más tarde por las tropas del general Manuel Gutiérrez de la Concha. La fuerza del 5º Tercio de la Guardia Civil no secundó la sublevación, con la excepción del primer capitán Buceta, que se alzó al frente de su compañía, aunque solo una parte de la fuerza a sus órdenes secundaron a su jefe. Tras fracasar la revuelta, Buceta consiguió huir a Portugal y, obviamente, fue expulsado de la Guardia Civil. Los guardias que le secundaron fueron severamente castigados; mientras el jefe del tercio, coronel José Rizo, fue cesado de su cargo y reemplazado por el coronel Martín Hormaechea.

Hay que decir que aquel suceso de 1846 fue el único registrado en todo el siglo XIX, en que un oficial de la Guardia Civil secundaba un levantamiento al frente de su unidad. Desconocemos si Ahumada ignoraba el perfil político progresista y pronto al levantamiento de Manuel Buceta cuando fue admitido a formar parte de la Guardia Civil o si, por el contrario, conocía sus ideas, pero pesaron más las dotes y cualidades militares que le precedían.

Pero allí no terminaría la aventura revolucionaria de aquel antiguo primer capitán del Cuerpo. De hecho, Buceta aún traerá en jaque a la Guardia Civil durante años en diferentes pronunciamientos. En la revolución de 1848 tuvo Manuel Buceta un importante protagonismo, auxiliando directamente al coronel De la Gándara en su organización y ejecución. Más tarde, en la revuelta de 1854, la fuerza de la Comandancia de Cuenca se afanó en perseguir al ya coronel Buceta, que se había adherido al levantamiento. Según se recogía en *El Guía del Guardia Civil* por aquellas fechas, el ex capitán Manuel Buceta había intentado robar uniformes de la Guardia Civil para equipar a una compañía de sublevados y hacerlos pasar por fuerza del Cuerpo; aunque la partida de Buceta fue destruida unos días más tarde en Guadalajara por una columna de la Guardia Civil. Y aún veremos a Buceta actuar en el levantamiento de 1866, y no lo hizo cuando estalló la *Gloriosa* de 1868 porque se encontraba en prisión.

No obstante, algo especial tendría aquel oficial cuando, a pesar de su abultado expediente revolucionario, no sólo no fue expulsado del Ejército, sino que continuó ascendiendo hasta alcanzar el empleo de brigadier, con el cargo de Gobernador Militar de Melilla.

El segundo comandante Agustín Jiménez Bueno fue otro de aquellos oficiales de los que Ahumada tomó nota en cuanto presencié su comportamiento en el campo de batalla. Según nos cuenta Díaz Valderrama (1858), el capitán Jiménez Bueno había combatido durante la primera guerra Carlista en el 1º Batallón de Infantería del Rey, encuadrado en la 2ª División del Ejército del Centro, que entonces mandaba el fundador de la Guardia Civil. En el transcurso de aquellas acciones de guerra entre 1839 y 1840, fue ascendido a capitán, combatiendo valerosamente en la acción de La Cenia, en la que conquistó una posición enemiga al frente de una compañía de granaderos. Girón estaba allí, y tomó nota de aquel oficial para proponerle formar parte de la Guardia Civil, unos años más tarde. Ya en el Cuerpo, pasó a ejercer como segundo jefe de la 1ª compañía de Granada, y más tarde, de la 4ª compañía de Almería, ambas del 7º Tercio. En el segundo destino fue recompensado en 1847 con la Cruz de San Fernando de segunda clase, con motivo de la captura de una peligrosa banda de malhechores. Después de ascender a comandante, solicitó destino a Ultramar por razones personales, *«con apoyo de sus jefes en la Guardia Civil, a pesar de lo que sentían perder tan distinguido oficial»*.

En octubre de 1850 fue designado el teniente general José Gutiérrez de la Concha como Capitán General de Cuba. Concha ya era conocedor del panorama desolador que le aguardaba en la isla caribeña en cuanto a la grave situación de inseguridad, por lo que estaba decidido a desplegar a su llegada un tercio de la Guardia Civil, sin aguardar a recibir la autorización pertinente. Para ello, comunicó sus planes al duque de Ahumada, quien le facilitó copia de los reglamentos y demás normativa del Cuerpo y le sugirió que, a su llegada a La Habana, contactara con el segundo comandante Agustín Jiménez Bueno y le confiara la organización del nuevo tercio, tal era la confianza que seguía depositando en aquel oficial. Jiménez Bueno recibió el encargo del propio general Concha y, tan solo un mes más tarde, presentó una propuesta al Capitán General para constituir un tercio con tres compañías y un escuadrón de caballería. En total, estarían a sus órdenes unos cuatrocientos hombres con veintiún oficiales, todos ellos seleccionados de entre las unidades de guarnición del Ejército en la Isla, que pasarían en comisión de servicio. Recibida la orden de constitución en enero de 1851, tres meses más tarde comenzaban a patrullar las primeras parejas, a pie o a caballo, por La Habana y parte de su distrito. Cerca de novecientos detenidos fueron puestos a disposición de la justicia en tan sólo ocho meses, hasta el final de aquel año 1851.

Los Secretarios de la Inspección General, hombres de confianza

Singulares son, sin duda, las vidas y carreras profesionales de los tres Secretarios de la Inspección General de la Guardia Civil que ejercieron a las órdenes del duque de Ahumada. Y su interés es mayor, si cabe, por haber sido especiales hombres de confianza del fundador de la Guardia Civil durante sus dos mandatos.

Para ocupar los puestos de responsabilidad en la Secretaría de la Dirección de Organización de la Guardia Civil, como órgano provisional constituido para la selección y formación del primer contingente; y posteriormente, la Inspección General del Cuerpo, el duque de Ahumada se quiso rodear de los oficiales que le habían acompañado en la revista de inspección que había girado entre los meses de octubre de 1843 y abril de 1844 a las unidades del Ejército de los distritos militares de Cataluña y Levante. Aquella revista, para la que Ahumada había querido elegir expresamente a los oficiales que debían acompañarle, había resultado especialmente compleja, pues esas unidades estaban aquejadas de numerosas deficiencias y se encontraban todavía enfrentadas a los rescoldos revolucionarios tras la reciente derrota de Espartero en el verano de 1843. Por tanto, todos aquellos oficiales habían dado ya sobradas muestras de su valía en el campo organizativo e inspector. En suma, el perfil necesario para diseñar, crear y poner en funcionamiento un nuevo cuerpo militar, pero sin precedente alguno en España.

Por tanto, el duque de Ahumada propuso que fuera designado Secretario, desde el primer momento, el teniente coronel de Infantería Carlos María de la Torre y Navacerrada, que había pertenecido al Cuerpo de Estado Mayor y de absoluta confianza de Ahumada, como ya hemos apuntado. Este oficial había ejercido como secretario en la citada revista de inspección, de cuyo equipo también habían formado parte los segundos comandantes Javier de Olmedo y de la Torre y Luís Casani Cron, a los que ahora se asignaba el mando de sendas secciones en la nueva Secretaría. Y, además, los tres habían coincidido a las órdenes de Girón en el Ejército de Reserva de Andalucía.

Carlos María de la Torre Navacerrada, personaje del todo singular, debió dejar huella en el que entonces era el mariscal de campo Girón y Ezpeleta, durante la campaña por tierras manchegas en que coincidieron en el Cuerpo de Ejército de Reserva de Andalucía en 1838 y en el Estado Mayor del Ejército del Centro, en 1839. El mismo mes de abril de 1844, De la Torre fue nombrado Secretario de la Dirección de Organización de la Guardia Civil para encabezar el equipo propuesto por Ahumada que había de poner en marcha el nuevo cuerpo; y a partir del 4 de septiembre, como Secretario de la Inspección General. En méritos a la revista realizada, De las Torre fue ascendido a coronel en julio de 1844 a propuesta del

duque de Ahumada con la vehemencia que le caracterizaba, pues lo consideraba como un «*asunto de amor propio*». Como colaborador de absoluta confianza, sin duda ejerció una importante influencia sobre el fundador de la Guardia Civil y contó con su confianza para dirigir el órgano central del Cuerpo en los primeros años, los más delicados. Además, contaba con la autorización para la firma y despacho ordinario de la Inspección General en las ausencias de Ahumada, cometidos que desempeñó en cuatro ocasiones. Ya con el empleo de brigadier, en agosto de 1850 solicitó cesar en el cargo porque no se consideraba con salud suficiente.

Una vez que cesó en el cargo en la Inspección General de la Guardia Civil, De la Torre comenzó a desplegar su actividad política. Se trata de un aspecto muy relevante, porque no nos cabe duda de que el duque de Ahumada era conocedor de las ideas de su principal colaborador, contrarias a las del Gobierno en aquel momento, pero no por ello dejó de apostar por él. El fundador confiaba en el prestigio del oficial de Estado Mayor, en sus dotes organizadoras y en su acreditada lealtad, sin importarle sus ideas políticas, porque sabía que éstas no condicionarían nunca su trabajo. Y así fue. El brigadier De la Torre, por lo que sabemos, se mantuvo absolutamente al margen de la política mientras desempeñó un cargo en la Guardia Civil. Sólo cuando dejó de prestar servicio en este cuerpo mostró abiertamente sus inclinaciones políticas, aunque sin un signo ideológico claramente definido.

De hecho, ya con el empleo de mariscal de campo, De la Torre fue nombrado en noviembre de 1859, Comandante General de la División Vascongada, y al frente de los *Tercios Vascongados*, combatirá en la batalla de *Wad Ras* y otras acciones en la guerra de África.

Después de la guerra, De la Torre realizó numerosos viajes a Francia y se movió de modo desconcertante entre el progresismo y el carlismo, lo que hizo recaer sobre él toda clase de sospechas. Ordenada su detención en mayo de 1867 cuando se encontraba en Francia, se negó a regresar, por lo que se le dio de baja en el Estado Mayor General del Ejército. Meses más tarde, dirigió desde Bruselas un «*Manifiesto a los españoles*» que provocó la instrucción de una causa militar por la que fue condenado a muerte en consejo de guerra, con su antiguo jefe y mentor, Narváez, al frente del Gobierno.

Carlos María de la Torre regresó a España con el estallido de la *Gloriosa* en 1868, en que tomó activa participación, fue ascendido a teniente general y en marzo del año siguiente, nombrado Capitán General y Gobernador Superior Civil de las Islas Filipinas. Por su actuación en este cargo, fue considerado como el capitán general más liberal de toda la dominación española sobre el archipiélago hasta que fue cesado y regresó a España en 1871.

Al cesar el brigadier De la Torre Navacerrada al frente de la Secretaría por razones de salud en 1850, el duque de Ahumada propuso a Francisco Javier de Olmedo y de la Torre para ocupar este cargo. Aunque Olmedo había ascendido a teniente coronel en 1848 a propuesta del propio Ahumada, era aún de empleo inferior a los previstos para este cargo, brigadier o coronel. Con ello, parecía demostrar la absoluta confianza del fundador en aquel oficial, hasta el punto de no seleccionar a ningún brigadier para el mando de la Secretaría en los cuatro años que Olmedo ocupó con Ahumada el cargo de Secretario. Y más aún, porque cuando el teniente general Facundo Infante Chaves relevó a Ahumada al frente de la Guardia Civil en 1854, mantuvo en el cargo a Olmedo durante sus dos años de mandato, una muestra más de la línea continuista que quiso imprimir a la Institución en aquellos momentos de incertidumbre.

En cuanto al comandante Luís Casani y Cron, causó baja en la Secretaría en septiembre de 1854 al ascender a coronel, después de una década de absoluta fidelidad al duque de Ahumada.

Volviendo a Javier de Olmedo, en diciembre de 1830 se encontraba destinado en el Regimiento Provincial de Granada como *subteniente de bandera* -el abanderado de la unidad- cuando conoció al coronel Francisco Javier Girón, que se incorporaba al mando de la unidad. Allí, el fundador de la Guardia Civil supo apreciar las cualidades profesionales del subteniente Olmedo, que no olvidará cuando vuelvan a coincidir en destinos futuros.

Años más tarde, durante la guerra Carlista, ocupó el cargo de jefe del Estado Mayor de la División de Reserva del Ejército del Centro en el frente del Maestrazgo entre septiembre de 1839 y febrero de 1840, cuando era el propio brigadier Girón y Ezpeleta el jefe de la división.

En el otoño de 1843, cuando el duque de Ahumada fue designado para dirigir la revista de inspección a las unidades de guarnición en Cataluña y Levante, reclamó para su equipo de inspectores al capitán Olmedo, que estaba entonces destinado en el Regimiento de Infantería de Albuera, nº 26, en Valencia.

El 21 de julio de 1856, Javier de Olmedo fue cesado como Secretario, dos días después de que lo fuera Infante Chaves como Inspector General. Fue nombrado para sucederle el brigadier Crispín Jiménez de Sandoval, aunque por poco tiempo, porque solo permaneció en el cargo hasta marzo del año siguiente. Con tal motivo, el duque de Ahumada llamó de nuevo a Olmedo para hacerse cargo de la Secretaría de la Inspección General, que desempeñó hasta el 8 de julio de 1858, días después de ser cesado el duque de Ahumada.

Tras una nueva propuesta de Ahumada junto a otros de sus veteranos colaboradores, Francisco Javier de Olmedo fue ascendido a brigadier en febrero de 1858, aunque con antigüedad de 18 de julio de 1854, en recompensa por los servicios prestados para intentar sofocar aquella revuelta. Una vez que dejó la Inspección General de la Guardia Civil en 1858, Francisco Javier de Olmedo no quiso volver a la vida militar activa en el Ejército. Sintió a la Guardia Civil como algo propio que había visto nacer, y resulta difícil encontrar otro jefe en que el duque de Ahumada depositara mayor confianza y aprecio.

Como hemos dicho, el 23 de julio de 1856, cuando el teniente general Facundo Infante Chaves acababa de cesar en el cargo al frente de la Inspección General de la Guardia Civil, fue nombrado Secretario de la misma el brigadier de Caballería Crispín Jiménez de Sandoval, en sustitución del coronel Javier de Olmedo. Era este un brillante oficial, que había acreditado sobradamente su valor en distintas batallas de la guerra Carlista como las de Mendigorri y Arlabán -que ya nos son tan familiares-, encuadrado en las unidades de vanguardia de la Guardia Real. Por aquellas acciones, le fueron concedidos ascensos hasta el grado de teniente coronel y recibió varias recompensas. Además, había realizado viajes como observador de los ejércitos de otros países en campaña y autor de importantes trabajos de investigación y estrategia militar.

Cuando el teniente general Girón, duque de Ahumada, se incorporó de nuevo al frente de la Inspección General de la Guardia Civil en su segundo mandato el 12 de octubre de 1856, mantuvo en el cargo a Jiménez de Sandoval, sin duda por su destacado perfil militar y su amplia experiencia como oficial de Estado Mayor, similar al de sus antecesores.

Jiménez de Sandoval solicitó su relevo al frente de la Secretaría tan solo seis meses más tarde, en marzo de 1857, probablemente para propiciar su relevo dejando paso a Javier de Olmedo, más cercano a Ahumada. Jiménez de Sandoval publicó al año siguiente una de sus obras más relevantes, «*Las instituciones de seguridad pública en España y sus dominios de Ultramar*», en la que realiza un minucioso estudio de los antecedentes históricos y del recorrido de la Guardia Civil hasta entonces, y en que emplea un tono de absoluta admiración y reconocimiento hacia el fundador del Cuerpo. Posteriormente, llegó a alcanzar el empleo de teniente general y siguió publicando numerosas obras de contenido histórico-militar, algunas de las cuales merecieron una favorable acogida de la Real Academia de la Historia. Fue, sin duda, un militar singular e ilustrado, un hombre polifacético y de grandes inquietudes, que vino a aportar una nueva visión como número dos de la Inspección General de la Guardia Civil.

Hemos hecho hasta aquí un recorrido por aquel colectivo, aparentemente heterogéneo, de brillantes militares de la época, que contribuyó a conferir a la Guardia Civil una singularidad propia y distintiva. Y, además, y esto es lo más importante, dirigiendo a un excepcional plantel de sargentos, cabos y guardias civiles, aquellos oficiales fueron determinantes para granjear el prestigio que pronto alcanzó la Guardia Civil, un prestigio que ya no la abandonará. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025